



**BIBLIOTECA VIRTUAL
MIGUEL DE CERVANTES**

BIBLIOTECA AFRICANA

www.cervantesvirtual.com

REMEI SIPI

Ribocho. Identidad y encuentro

[fragmento]

Edición impresa

Remei Sipi , *Ribocho. Identidad y encuentro* (2015)

En

Remei Sipi, Nina Camo y Melibea Obon (2015) *Baiso. Ellas y sus relatos*. Barcelona: Editorial Mey. (pp. 20-27)

Edición digital

Remei Sipi , *Ribocho. Identidad y encuentro* [fragmento] (2015)

Inmaculada Díaz Narbona (ed.)

Biblioteca Africana – Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes
Octubre de 2015



Este trabajo se ha desarrollado en el marco del proyecto I+D+i, del programa estatal de investigación, desarrollo e innovación orientada a los retos de la sociedad, «El español, lengua mediadora de nuevas identidades» (FFI2013-44413-R) dirigido por Josefina Bueno Alonso.



Universitat d'Alacant
Universidad de Alicante



Ribocho. Identidad y encuentro

Remei Sipi

Bétá

Me llamo Ribocho Abatebelajo González y, por lo que me explicó Sita Ricka, no soy del “karichobo” de mi padre, cuestión esta que me entristece muchísimo pero, a la vez, me da pautas para entender la sangre fría que mostró mi padre cuando nació y mi abuela lo visitó en la Universidad.

Era la primavera del año 1973, concretamente el día 27 del mes de abril, Mare de Deu de Montserrat en Cataluña y, para Rebola, patrona del pueblo y fiesta grande. Nací en León; mi madre se llama Eugenia González y, mi padre, Ignacio Abatebelajo; ya ven, un africano con el nombre del patrón de los Jesuitas, San Ignacio de Loyola (mi padre celebra su santo el 31 de Julio), en lugar de tener un nombre Bubi como Rikato, Welalele, Monjomeriba, o un largo etcétera de nombres africanos. Ahora bien, en su carnet guineano, consta el nombre de Ignacio; cosas del colonialismo.

Mi abuela se enteró tres meses después de mi gestación, de que mi madre estaba embarazada. ¡Su única hija, estaba embarazada por fin! y supo que el padre de su nieta era negro, a lo que no dio mayor importancia. Pero sí se cuidó de que el padre no se marchara a África con su nieta, para evitar que allí “le mutilaran los genitales, la casaran con un viejo, y lo más probable que fuera un matrimonio con un polígamo”, y un largo etcétera de situaciones que quería evitar a su nietecita.

Según la información que en su día me dio mi madre, los hechos transcurrieron de la siguiente manera.

Eugenia González, mi madre, es profesora de Universidad y mi padre era un alumno de doctorado en la misma Universidad donde mi madre impartía clases. Se conocieron por casualidad, en un seminario sobre literatura africana; a mi padre le fascinaba la literatura africana y mi madre se iniciaba en esta disciplina.

Mi padre, como buen africano, culto y talentoso que era, casi acaba impartiendo él el seminario, porque no hacía más que interrumpir al profesor para hacer aclaraciones y precisiones. Después del seminario, un grupo del que formaba parte mi madre, se acercó al africano para seguir hablando sobre literatura africana mientras tomaban un café.

Para el grupo resultaba obvio que, por el hecho de ser africano, había de ser musulmán y por lo tanto que no tomaría ni vino ni cerveza, costumbre esta arraigada entre la gente del país. La

sorpresa para todos llegó cuando, al entrar en el bar, el único que pidió una caña fue mi padre, que ni era musulmán, ni abstemio, sino católico y de Guinea Ecuatorial.

El grupo estaba compuesto por ocho personas; mi padre y mi madre se sentaron uno al lado del otro y no dejaron de hablar entre ellos todo el rato; no solo hablaron del seminario, de la literatura, sino también del doctorado que estudiaba mi padre, así como de la inmigración de los africanos, etcétera.

Se despidieron ya entrada la media noche y se intercambiaron los teléfonos, según me explicó mi madre. Pasó más de un mes hasta que, por casualidad, se volvieron a encontrar y, esta vez, en el pasillo que lleva desde la secretaría de la escuela a la facultad donde mi padre preparaba el Doctorado.

Y en este encuentro, mi padre tomó la iniciativa invitando a mi madre a ir al cine.

– ¿Eugenia, te apetece ir al cine la próxima semana?

– ¡Al cine! ¿Qué películas hay en cartelera? Bueno, es igual, acepto.

Quedaron así para el jueves a las ocho de la noche en la puerta del cine. Mi madre no recuerda la película que vieron, solo se acuerda de que mi padre no paró de tocarla, besarla y susurrarle al oído tiernas palabras de amor. Tampoco recuerda lo que le decía, solo que acabaron en casa de mi madre y aquel día fui engendrada.

Mi madre había estado casada ocho años con un conocido arquitecto madrileño y no tuvieron hijos. Ella llevaba nueve años intentando quedarse embarazada de diferentes relaciones, más o menos largas, sin conseguirlo. El negro le evitó una visita a una clínica de Barcelona, donde ya tenía programada la inseminación artificial.

Estando embarazada mi madre de siete meses, tuvo que mudarse a la casa de mi abuela, porque no se encontraba bien y temían un parto prematuro, por lo que no era conveniente que estuviera sola en casa. Una noche lluviosa y fría, sobre las diez de la noche y mientras veían la televisión, la abuela hizo la siguiente reflexión:

– Eugenia, hija, creo que deberíamos dejar bien atado el tema de la niña; tú me has explicado que no has vuelto a tener relaciones con el padre de la niña y que no crees que él se quede a vivir aquí. Pues bien, yo creo que deberíamos hablar con él para que renuncie a todo tipo de derechos sobre esta niña, puesto que no me gustaría que después del nacimiento nos encontremos con el problema de que se quiera llevar a la niña a África.

Yo no tengo familia y tu padre murió siendo tú pequeña, no hemos tenido relación con su único hermano, por lo que ignoramos si tienes primos. Yo te tuve a ti y, después, solo he trabajado para sacarte adelante, con la idea de que tú pudieses formar tu propia familia. Porque siendo tú hija única y yo también, no me gustaría que el día que yo falte te encuentres sola. Recuerdo los sufrimientos de estos años, por no poder quedarte embarazada, por todo

esto me gustaría hablar con el joven africano para estar segura de que no te reclamará a la niña.

– Mamá, el africano, como tú le llamas, tiene un nombre, Ignacio, y no sabe nada de mi embarazo.

– Hija, de todas maneras he de quedar con él y dejar el tema de la niña bien atado, porque estos africanos desaparecen y los hijos no saben ni siquiera si viven, o quieren llevárselos a su país.

Así fue como mi abuela se citó con mi padre en la cafetería de la residencia donde se hospedaba.

Mi abuela que no había visto jamás a mi padre, le reconoció nada más entrar en la cafetería, aunque no era el único negro allí presente. Mi padre estaba sentado en un rincón de la cafetería tomando ginebra con coca-cola, mi abuela se acercó y le saludó:

– ¡Hola! ¿Es usted Ignacio?

– Sí, y usted la madre de Eugenia ¿verdad?

– Sí, soy la madre de Eugenia.

Tras la formalidad de las presentaciones, mi padre le preguntó a mi abuela qué quería tomar y, mientras esperaban el servicio, mi abuela mirando a mi padre a los ojos le soltó: “Bueno, hijo mío, no sé si sabes que Eugenia está embarazada y que dentro de poco nacerá una niña y me gustaría hablar contigo del tema”.

– ¡Hable, hable señora, la escucho! –dijo mi padre.

– Mira, hijo, no sé qué has pensado, pero yo quiero hacerte una propuesta y te traigo escrito un compromiso que, por favor, quiero que leas y hablemos.

Mi padre, como buen africano muy respetuoso, interrumpió a mi abuela con mucho tacto:

– Señora, con todo mi respeto, yo no necesito leer nada con respecto a la hija que está esperando Eugenia, pero sí la escucho en todo lo que quiera decirme al respecto, por lo tanto le ruego que se explique.

Mi abuela, un poco inquieta y algo preocupada, ante el desconocimiento de la reacción que sus palabras podían provocar en mi padre, comenzó a hablar:

– Mira Ignacio, he hablado con mi hija y lo que hay aquí escrito está consensuado con ella; por lo que quiero que entiendas que hablo tanto en nombre propio, como en el de mi hija. En el supuesto que no quieras firmar los acuerdos que hemos redactado, quiero que sepas que

si renuncias a la niña, nosotras nos haremos cargo de ella. El pacto que te proponemos es para evitar que el día menos pensado te la lleves a África.

Yo estoy a la puerta de la jubilación, mi hija tiene mucho trabajo en la Universidad, por lo tanto yo me haré cargo de la niña, evidentemente, con la colaboración de Eugenia.

Mi padre no podía creer lo que estaba oyendo y le preguntó a mi abuela:

– Señora, esto que me está diciendo, ¿es lo que trae escrito en el papel? ¿Puedo saber de quién ha partido esta idea?, ¿quién lo ha redactado?

– La idea ha sido mía pero ya te he dicho que estamos de acuerdo mi hija y yo.

– Señora, he de decirle que en mi país y, concretamente en mi pueblo Bubi, los hijos no son motivo de litigio alguno, los hijos son del pueblo, de la familia; los hijos son un bien preciado, por lo que yo no tengo nada a que renunciar, ni tengo porqué ir a ninguna parte con mi hija, ni siquiera a África. Además es vuestra hija, es vuestro “karichobo” tal como nosotros denominamos a la pertenencia genealógica de nuestros descendientes. Sé que no entenderá lo que le estoy explicando, pero ni renuncio, ni reclamo a la niña que nazca. Aunque me gustaría que le pusieran de nombre Ribocho Abatebalajo, si es que no han elegido otro nombre que tenga un significado importante para ustedes. La registraremos Eugenia y yo como nuestra hija. El día del parto me gustaría estar con ella sí no hay inconveniente, ya que me hace mucha ilusión compartir ese momento.

– Pero, buen hombre, ¿nos dejará a la niña y no tendremos problemas más tarde? –exclamó mi abuela.

– Señora, no puedo discutir con usted, por ser una persona mayor y la madre de Eugenia, –le contestó mi padre. Y siguió hablando–. Los de mi generación, en mi pueblo, respetamos a los mayores y, en África, la palabra dada es ley y tiene en la práctica más valor que cualquier escrito, por lo que no se preocupe, solo quiero estar el día del parto a su lado y que la niña se llame Ribocho.

Mi abuela se despidió de mi padre y, al llegar a casa, le contó a mi madre la conversación mantenida con mi padre. Le explicó a su hija sus temores y la sensación de no estar segura de que mi padre hubiera entendido su propuesta. Le explicó la insistencia de mi padre respecto al tema del nombre de la niña, que quería que se llamara Ribocho, cuando todo el mundo pone nombres como Rosa, Camino, Pilar; nombres bonitos que resultan fáciles de recordar y que todo el mundo utiliza.

– Pero Eugenia, él me ha insistido en que la niña se llame Ribocho. ¿No me habías dicho que no es musulmán?

- No, mamá, no es musulmán.
- ¡Pero Eugenia, hija, Ribocho no es un nombre cristiano! –Recalcó la abuela.

El día del parto, ni mi madre ni mi abuela se acordaron de avisar a mi padre y, dos días después, antes de que tuviera lugar mi inscripción en el Registro Civil, mi madre se dio cuenta de que no habían avisado a mi padre, ya que mi abuela continuaba insistiendo en ponerle “nombres de aquí”. Ella quería que la niña se llamara Montserrat, porque lo encontraba un nombre bonito y, además, había nacido un 27 de abril.

Fue entonces cuando mi madre recordó que mi padre le había pedido que sobre todo me pusieran el nombre de Ribocho.

Seguidamente buscó el teléfono de mi padre para darle la buena nueva, y mantuvieron esta conversación:

- ¿Ignacio?, sí soy Eugenia.
- ¡Hola Eugenia! ¿Cómo te encuentras?, ¿qué tal va el embarazo?
- ¡Ay, Ignacio!, te llamo precisamente por eso; es que ya he dado a luz, es una niña y se llamará Ribocho, como es tu deseo.
- Bueno, bueno... ¿Cómo es que no me habéis avisado? ¿En qué clínica estáis?

Así fue como mi padre se enteró de que había nacido. Se personó en la clínica “Virgen de la Regla”, al lado de la Catedral, le entregó a mi madre el “Epá” que había llevado siempre consigo y me bendijo en Bubi.

Desde entonces han pasado ya 33 años.